

# EL DECLIVE DE LOS INTELLECTUALES EN LA POSMODERNIDAD

Carlos Enrique Cabrera

*El intelectual ha aparecido y frente a su mirada  
escrutadora no prevalece la mentira.*

Ramiro de Maeztu

**La** posmodernidad ha relegado a los intelectuales –y su tarea de pensar, discernir y criticar– a un ínfimo lugar o incluso ha prescindido por completo de ellos, cuando no les ha aplicado el látigo del más soberano desprecio. De golpe (allá por los años noventa del pasado siglo xx)<sup>1</sup> pareció producirse un consenso planetario con respecto a que ya los intelectuales y su antaño valiosa y significativa labor no eran necesarios y mucho menos imprescindibles. Eso fue sólo así en aquellos remotos tiempos en los que el asunto (la preeminencia y el valor incuestionable del sentido crítico de los intelectuales en el seno de la sociedad) era perfectamente entendible, porque la mayoría de la población no sabía leer ni escribir o era semianalfabeta: alguien entonces debía necesariamente asumir la tarea de orientar, dirigir y conducir a las masas a través del camino más correcto y acertado en cada momento.

Pero resulta y viene a ser que de pronto la producción libresca (la verdad es que el asunto empezó bien atrás, con la invención de la imprenta por Johannes Gutenberg en Maguncia en 1455), la democratización de la educación que en muchos países se hizo gratuita y universal y la incorporación de ingentes cantidades de ciudadanos a la clase media con las lógicas posibilidades de un mayor poder adquisitivo y, por tanto, de hacer las adecuadas compras de bienes y servicios (además de viajar a otros países y “ver mundo” con sus propios ojos) hicieron que todos y cada uno de esos cuasi renacidos o recién nacidos ciudadanos llegaran a ser un “intelectual” (bueno o malo o regular, ya es otro cantar), desplazando de forma clara a los que hasta entonces constituían una casta privilegiada en la sociedad: “la élite intelectual”, “la élite pensante”, “la élite ilustrada”.

Con la irrupción de Internet y su vertiginoso desarrollo planetario<sup>2</sup> se dio seguramente el golpe de gracia al intelectual, tal como los habíamos conocido en el mundo

<sup>1</sup> Al respecto de esta decadencia es oportuna la precisión cronológica de Fernando Savater en *Voltaire contra los fanáticos* (Ariel, 2015): “Esta criatura sospechosa pero venerada alcanzó la cima de su prestigio hace exactamente cien años, con el asunto Dreyfus y el *J'accuse!* de Émile Zola; mantuvo luego su apogeo a lo largo de tres cuartas partes del siglo xx, apoyándose en figuras como Romain Rolland, Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre, hasta entrar en la franca decadencia de los últimos veinte años.”

<sup>2</sup> La World Wide Web se anuncia públicamente en 1991 y ya en 1992 hay un millón de computadoras conectadas y en 1996 se alcanzan los 10 millones.

occidental desde Voltaire, en pleno Siglo de las Luces. “La obra maestra de Voltaire –escribe Fernando Savater en *Voltaire contra los fanáticos*– fue la invención del intelectual moderno, un oficio que toma algo del agitador político, bastante del profeta y no poco del director espiritual.” Ahora no sólo el conjunto de la población, o un cada vez más amplio segmento de ésta, puede leer de todo en múltiples y diferentes formatos (y ver cine y documentales y escuchar música y disfrutar de la contemplación de obras de arte en un estático paseo virtual por los más importantes museos del mundo) sino que además (y encima) pueden escribir sus propios textos, ya sean meramente expositivos o de creación. Cuentan para ello con mil y una herramientas de alta sofisticación pero de muy amigable e intuitivo manejo en las que pueden plasmar opiniones, emociones y sentimientos como mejor les plazca: blogs, páginas web con dominio propio o sin él, plataformas para subir vídeos como Youtube o Vimeo, populosas redes sociales (Facebook, Twitter, GooglePlus, Instagram, Pinterest, etc.), foros de debate y chats y, en suma, la gama cuasi infinita de posibilidades que brinda hoy la autopista de la información y los modernos medios digitales. Súmese a esto el expansivo fenómeno de la autoedición y la impresión bajo demanda que ponen en servicio poderosas empresas como Amazon, fórmula mediante la cual cada individuo, si así le apetece y cuenta con los recursos, puede ver realizado su sueño de tener su propio libro publicado en formato digital o en papel.

Hay en esto un consenso por parte de los analistas y estudiosos de este relevante tema: nunca se había leído tanto ni nunca se había escrito tanto como en estos tiempos. La población mundial vive hoy (“colgada”, se dice) en la Red. Lo hace a través de computadoras de mesa, de tabletas, de teléfonos inteligentes y otros dispositivos digitales. Y allí, en ese espacio virtual confortable y anónimo, cada individuo se aplica aguerridamente a dar su opinión por escrito sobre los más diferentes y disímiles temas, sobre lo divino y lo humano, con razón o sin ella, con fundamento o sin él, con información contrastada o sin ella, con o sin faltas ortográficas o con la adecuada y exigible coherencia y cohesión o con la más escandalosa ausencia de éstas. Da igual. Se ha abierto la veda y está claro que todos pueden y deben participar (no estar presente en esos espacios virtuales hoy equivale casi a no existir) con la más absoluta devoción y entusiasmo y, por qué no decirlo, la más extrema irresponsabilidad (es el fusil de la palabra y de las

ideas lo que tienen entre los dedos en ese teclado veloz) de la temporada de caza y cobrar su magnífica pieza: la notoriedad y la gloria, la diversión y el entretenimiento, el evadirse de los problemas propios o simplemente el incordiar por incordiar. El principio de autoridad intelectual ha desaparecido por completo, se ha volatilizado y con él la escasa consideración que todavía podía tenerse hacia aquellos que en alguna medida podrían considerarse especialistas del pensar, del manejo de la palabra, de las ideas y los textos.

Con el declive de las religiones y la muerte de Dios<sup>3</sup> y la posterior desaparición de las ideologías redentoristas (marxismo, comunismo, socialismo, anarquismo), el mundo no se hizo más transparente sino por el contrario más opaco y confuso. Todo es incierto en este tiempo, nadie puede hoy trazar rutas a seguir, revelar verdad alguna. Cada uno debe buscar y/o construir la suya propia, así como su propio mundo personal, su específico “hueco”, su particular realidad o visión de la realidad. Nada hay en este tiempo de la posmodernidad que aglutine a los ciudadanos: no existe un centro en torno al cual se puedan organizar las ideas, las emociones, los sentimientos, los relatos y, por tanto, tampoco las acciones y los hechos. Inmersos como estamos en lo que Bahuman ha denominado la “modernidad líquida”, sin valores sólidos y debilitados seriamente los vínculos humanos, la fragilidad y el desgarramiento constante son la verdadera identidad del sujeto. Cada uno navega a ciegas, como buenamente puede, encerrado en la hermética burbuja de la más extrema incomunicación y soledad, no teniendo más finalidad (*telos*) en su cotidiano existir que el consumismo, la posesión de bienes materiales. Así, incluso el pensamiento humanista surgido en el Renacimiento con figuras como Leonardo da Vinci, Bacon, Copérnico, Galileo, Kepler, que promueve valores que en principio pareciera que todos podríamos asumir sin el menor reparo (el antropocentrismo de su filosofía privilegia valores como el pensamiento, la razón, el saber, la creatividad y la sabiduría), ha sido sepultado en el mismo apartado cementerio en el que lo fueron las ideologías comunistas, socialistas y anarquistas. Hasta el extremo de que en muchos países (pienso en la España de Rajoy y en el Japón de Shinzo Abe) se dejan de lado o se relegan cuando no se suprimen por completo, las disciplinas humanísticas (Historia, Filosofía, Literatura, lenguaje) y las actividades artísticas: música, pintura, etc., tanto de los planes de estudio de la enseñanza media (bachillerato) como de la superior (universitaria).<sup>4</sup>

<sup>3</sup> El declive de las religiones queda patentizado en datos tan tremendamente reveladores como los siguientes: Facebook tiene en estos precisos momentos 1,500 millones de usuarios frente a los 1,400 fieles del catolicismo y los 1,300 del Islam. Por lo que respecta a la muerte de Dios me parece oportuno recordar que ya Friedrich Nietzsche había asesinado a Dios en *La gaya ciencia* (escrita en 1882): “Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado.” A partir de aquí el filósofo crea el superhombre que ya no depende más que de sí mismo.

<sup>4</sup> José María Romera en “Adiós a las humanidades” (6 noviembre 2015) reflexión



No nos engañemos. Algo muy poderoso ha venido trabajando de forma contumaz e inteligente desde el pasado siglo xx hasta nuestros días, propulsando este brutal proceso de dismantling en nuestras sociedades de lo “humano”, algo relacionado estrechamente con términos como rentabilidad, eficiencia y eficacia, productividad, rentabilidad, ganancia, consumo, mercados, beneficio, todos, claro está, términos pertenecientes al campo de la Ciencia Económica. Tras la caída del muro de Berlín en 1989 y de todo el entramado geopolítico conformado por los países del pacto de Varsovia (el “Bloque del Este”) y el posterior desmembramiento de la URSS, que culminó en la independencia de sus 15 Repúblicas entre 1990 y 1991, el mundo pasó de ser bipolar a unipolar. Toda la fuerza quedó concentrada en un poderoso eje de EUA que emergía como la única e indiscutible gran potencia. Y en la misma medida se terminó imponiendo el “pensamiento único”,<sup>5</sup> que no es

al respecto de esta suerte: “No hace falta ser un lince para darse cuenta de que las Humanidades van de capa caída en el sistema educativo español, y especialmente en esas etapas cruciales concentradas en la Enseñanza Secundaria. A la práctica extinción de la Literatura, reducida a un simple ámbito de uso de la lengua, la consunción galopante del Latín y el Griego y los mandobles infligidos a la Filosofía, se les suma ahora la implantación de la Lomce, una ley orientada principalmente a la formación de buenos productores.”

<sup>5</sup> Ignacio Ramonet puso de moda el término en 1995 en un editorial de *Le Monde Diplomatique*. Hacía referencia al paisaje ideológico surgido tras la caída del muro de Berlín. En éste, según su parecer, “el economicismo neoliberal se había erigido en el único pensamiento admisible, monopolizando todos los ámbitos académicos e intelectuales e impidiendo cualquier posible debate”. Alude el término a los “ideales” que defendían el Consenso de Washington y a posiciones aún más extremas que asumía esta ideología como la única posible, como expresó Margaret Thatcher con su famoso *There Is No Alternative*..

otro que el del economicismo neoliberal<sup>6</sup> que privilegia los mercados y el rendimiento económico, así como la autorregulación de los mercados, libres al fin de toda intervención estatal, en el entendido de que la generación de riqueza y su distribución, con el sistema democrático que completa la ecuación en lo político, garantizan si no la plena felicidad de los ciudadanos del mundo, sí la mayor posible. De ahí a importar e incluso imponer a sangre y fuego el modelo a lo largo y ancho del planeta había un muy corto trecho, que se ha recorrido con extrema fiereza y todavía se sigue haciendo, generando el más espantoso caos, dolor e incertidumbre. Nunca el pensamiento fue bien visto por el poder. Son numerosos los filósofos e intelectuales que han sido objeto de feroz persecución a lo largo de los siglos. Sócrates (384 a. C.- 322 a. C.) obligado a beber la cicuta es el más claro ejemplo de esta dramática y tortuosa relación.



En la actualidad el poder no necesita perseguir ni encarcelar a los intelectuales que les sean adversos. No tienen por qué acallarlos ni silenciarlos. Los pueden dejar (y así lo hace en nuestras flamantes democracias representativas occidentales) actuar a sus anchas: que ejerzan su decadente oficio en la más extrema libertad, que escriban y hablen lo que les plazca desde la óptica que les resulte más atractiva y eficaz: hoy nadie los escucha ni nadie los lee. Es duro pero cierto. Un cocinero –sobre todo si ha logrado una o dos estrellas Michelin– tiene más

<sup>6</sup> El neoliberalismo se aplicó en la década de 1980 en Chile durante la dictadura de Augusto Pinochet, impulsado por economistas de la Escuela de Chicago, los llamados “Chicago Boys”. También orientó el conjunto de políticas económicas implementadas por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. La adopción de dichas políticas desde la década de 1970 por la mayoría de los países desarrollados se tiene como la principal causa de la severa crisis del sistema financiero internacional del año 2008.

relevancia y trascendencia social, económica, política y, por tanto, mediática, que el más conspicuo y prolífico intelectual, escritor o filósofo. En este sentido, lo acaecido en la 74 FERIA del Libro de Madrid (celebrada en mayo del presente año en el Parque de El Retiro) resulta revelador. A la hora de la firma de libros por parte de los autores, las casetas ante las que día tras día se formaron las colas más impresionantes fueron las de las famosas estrellas de la televisión, juntamente con las de los programas televisivos de gran audiencia como Master Chef y las de los escandalosamente exitosos youtubers. Como escribe Juan José Millás en uno de sus habituales artículos de *El País*: ...“en una feria del libro a la que el escritor acude ingenuamente para comprobar que quienes de verdad firman son los alpinistas, los expresidarios, los actores, los *youtubers*. Viene a ser como si en un congreso sobre la salud tuvieran más éxito los curanderos que los médicos.”

Ya veremos qué nos depara el futuro y si de pronto, en el momento menos esperado, surge un nuevo intelectual, creador y filósofo, generado en el seno mismo de las autopistas de la información. Como ironiza Fernando Savater en la obra ya citada: “estamos a la espera del Voltaire de los blogs, con cuenta en Twitter y Facebook...” Mientras tanto, la trivialización y banalización de la cultura y del pensamiento, promovidos como un espectáculo, como una mercancía más, continúan ganando terreno, lo inundan todo de forma devoradora, se adueñan de forma totalitaria de todos los espacios. Y se hace cada vez más escandalosamente evidente que sólo aquellos que son capaces de mercadear sus productos (para lo cual se debe contar con cuantiosos recursos financieros y la adecuada plataforma mediática) son los que, al margen de la real y auténtica valía de sus obras, tienen garantizado el éxito de público.

Hablando críticamente de su propio tiempo, escribió Fernando Pessoa en su *Libro del desasosiego*: “En la vida de hoy, el mundo solo pertenece a los estúpidos, a los insensibles y a los agitados. El derecho a vivir y a triunfar se conquista hoy con los mismos procedimientos con que se conquista el internamiento en un manicomio: la incapacidad de pensar, la amoralidad y la hiperexcitación”. Es este sin duda un durísimo juicio del solitario poeta lisboeta, pero hay que reconocer, aun cuando pueda dolernos, que se adapta a la perfección a estos tortuosos tiempos nuestros. ▣

---

**Carlos Enrique Cabrera** (La Vega, República Dominicana). Dominicano, licenciado en Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid y estudios de Bibliotecología y Documentación en esa capital europea. Profesor del Área de Ciencias Sociales y Humanidades del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC). Durante años se desempeñó como funcionario de la Red de Bibliotecas Públicas de la Comunidad Autónoma de Madrid y como colaborador de importantes editoriales españolas. En 2001 fundó la revista de letras, artes y pensamiento *Caudal*, que bajo su dirección dio a la luz 29 números. Ensayos y cuentos suyos han aparecido en diversos medios impresos y digitales y son de su autoría los libros: *Reflexiones de bolsillo* (2002), *Tiempos difíciles* (2010) y el conjunto de microrrelatos *Conjurios y otros microcuentos* (2013). Es también coautor de *Español Universitario* (2006) y de *Ciudad Colonial Santo Domingo* (2011).